



CRONICAS DE GRANADA.

SITIO Y TOMA DE RONDA.

Rorria el año de 1485, cuando despues de la rendicion de Coin y deseoso el rey don Fernando de vengarse de los habitantes de Ronda por el socorro que habian prestado á los primeros, determinó poner sitio á esta última plaza. Debióse principalmente esta idea á don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, y uno de los mas ardientes defensores de las tropas cristianas, apellidado entre sus contemporáneos el *segundo Cid*.

Distraido casi en su totalidad el ejército cristiano en la conquista de Málaga, Hamet el Zegrí, gobernador de Ronda, creyo que con dejar en este punto una pequeña fuerza, debia al frente de sus Gomeles dirigirse á las llanuras de Andalucía, como en efecto lo hizo, penetrando por los estados del duque de Medina-Sidonia, y desolando y robando todas aquellas fértiles campiñas y pueblos. No se ocultó al marqués de Cadiz esta determinacion, y así aun cuando no pudo evitarla, trató en tal coyuntura de realizar su pensamiento. En efecto, volviendo Hamet cargado de riquezas y ufano por su incursión, al desembocar por uno de los

desfiladeros de la Serranía, escuchó la artillería cristiana, que combatia tenazmente contra la rebelde Ronda. Todo azaroso abrevió su marcha, y al llegar á una loma descubrió, que un numerosísimo ejército cercaba su plaza, y que en medio de un inmenso mar de tiendas de campaña, se descubria una, sobre la cual ondeaba el estandarte real.

La vista de tan inesperada catástrofe, inspiró á Hamet una idea desesperada. Despues de arengar á sus Gomeles, en quienes confiaban los sitiados, con mucho sigilo se colocó en un cerrillo inmediato al campamento cristiano, donde estuvo hasta bien entrada la noche: aguardó á que los contrarios se entregasen al descanso, y saliendo de improviso intentó una horrorosa sorpresa, que, gracias á la esquisita vigilancia del ejército de Fernando, se frustró volviéndose en contra de sus autores.—Viendo Hamet que nada conseguia, encendió en el cerro donde le colocó su vergonzosa retirada, y en muchas alturas vecinas, grandes hogueras, á cuya señal acudieron hastantes moros de la Serranía y algunos soldados de Málaga. Las tentativas que hizo con este apoyo fueron inútiles, teniendo al fin que acogerse á las montañas.

El cerco, en el interin, se estrechaba mas y mas. Apoderado el valiente marqués de Cadiz de los arrabales, descubrió una fuentejilla que estaba al pié de un escarpado peñon, y de la cual se sur-

lia de agua el vecindario. Mandó, en su consecuencia, á sus ingenieros, que contraminasen el manantial á través de la sólida peña, ejecutado lo cual, se quitó á la ciudad este socorro.

En las mazmorras de Ronda jerman muchos cristianos, y el deseo del magnánimo marqués por libertarles atizaba con furor el deseo de entrar en la ciudad. Se inventaron mil y mil medios de afligir y devorarla, incendiando las casas por medio de pellas de cáñamo, hechas con alquitran y pólvora, todo lo que Hamet contemplaba con el dolor que es de suponer desde una altura, sin poder socorrer á su ciudad querida.

Viendo, pues, los sitiados que toda esperanza de auxilio era inútil, y que iban á ser víctimas de un momento á otro, determinaron darse á partido, el que les fue bastante favorable. Se convino en que los habitantes de la ciudad saliesen con sus utensilios para los reinos de Africa, ó donde quisiesen, y se señalaron tierras, y permitió el ejercicio de su ley á los que prefirieron quedarse en España.

Con un contento extraordinario entraron en Ronda las tropas cristianas, y siendo el primer cuidado del marqués de Cádiz poner en libertad á los cautivos sus hermanos, estos, aunque demudados, escualidos, casi muertos, pedían á los soldados armas para combatir á los que tan bárbaros dolores les habian hecho sufrir. Fueron todos enviados á Córdoba, donde la magnánima Isabel los proveyó de cuanto necesitaban, mandando colgar en el exterior de S. Juan de los reyes de Toledo las cadenas que tanto tiempo los habian oprimido.

A imitacion de Ronda se entregaron, entre otros muchos pueblos, Marbella y Casarabonela, siendo mas de sesenta los que se rindieron durante esta gloriosa y bien finada espedicion.



MUERTE DE GUSTAVO III, REY DE SUECIA.

1793.



Gustavo III, se encontraba en París cuando supo la muerte de su padre. No dejó la corte de Francia sin haber antes convenido los medios de reforma que intentaba establecer en su país. Poco despues de su llegada á Stokolmo, el gabinete Francés, que hasta entonces solo habia mandado á Suecia ministros de segundo orden, envió en clase de enbajador al conde de Vergenes. Determinó el 19 de agosto de 1772 hacer la revolucion, y sin que se hubiese derramado una gota de sangre, sin la mas ligera apariéncia de desórden, cambió la antigua

constitucion aristocrática, que tan fatal habia sido á Suecia. Desde esta época los partidarios del sistema abolido juraron vengarse, y al cabo encontraron ocasion oportuna despues de 21 años. El 15 de marzo de 1793 debia concurrir el rey á un baile que se daba en la ópera, y ese día escogieron para verificar su atroz atentado. Durante el día recibió el rey varios anónimos diciéndole, que no se presentase, pero él se burlaba de todos, y aun hizo gala de concurrir aquella noche. Llegada la hora del festin, se presentó en el salon, y apesar de su disfraz, fué de todos conocido por su aire marcial y su bella figura. Una multitud de máscaras le rodearon, cuando se oyó un tiro de pistola, y se vió caer á Gustavo en brazos de Mr. de Esen y esclamar: Una máscara negra es la que me ha herido.

Reconocida la herida, se encontró que era profunda y en el costado derecho. Al momento que se divulgó el suceso, se vió cercado el salon de numerosas tropas que á ninguno permitian la salida. Se presentó el gefe de la policia Mr. Lillinsparre acompañado de una numerosa escolta. Este magistrado hizo colocar una mesa en medio del salon, y empezó por tomar los nombres y señas de las habitaciones de los convidados.

El conde de Horn, de edad de 22 años, se presentó como los demas, pero con mucha agitacion, que todos atribuyeron al sentimiento que le causaba la muerte del rey.

Fuéronse presentando otras notabilidades del partido de los descontentos, tales como Ribbing, Engstroém, Bielke, Lillenhors y el general Peklin. Estos respondieron con serenidad, lo que alejó la sospecha de que pudieran ser criminales.

El último llegó Ankartroen. Luego que hubo contestado á las primeras preguntas, Lillinsparre le dijo con tono sereno: vos sois el rebelde que trató de sublevar á los paisanos de Upland contra S. M. Vuestra presencia en este sitio me es sospechosa. Ankartroen respondió: yo no doy cuenta de mis acciones á nadie, y no os conviene sospechar públicamente un crimen tan bajo en un hombre de bien, contra el que no tenéis ninguna prueba. Despues se retiró y se confundió entre la concurrencia.

Conforme iban prestando sus declaraciones, la sala iba quedando vacia. Se encontraron en el suelo dos pistolas y un puñal, y descargando la una, se hallaron dos balas, ocho balines pequeños y algunos granos de municion, que en todo componian veintiocho piezas, calculando que igual porcion estaria en la herida del rey.

A las cuatro de la mañana se permitió la salida de cuantos habian concurrido al baile; y el pueblo, en cuanto se enteró del suceso, prorrumpió en gritos de venganza. Al principio de la fermentacion se cuidó mucho de cundir, que el golpe habia sido dado y dirigido por los franceses, y se abanzaba hasta señalar la institucion de una

compañía de regicidas, nacida de los jacobinos de París. Se publicó al son de cajas, que aquel que designase al culpado, recibiría una gran recompensa. O para evitar sospechas, ó para complacerse en el padecer de la víctima, muchos conjurados habían visitado al rey aquella mañana.

El jefe de la policía mandó comparecer á su presencia los armeros de la ciudad, y uno de ellos declaró, haber vendido dichos efectos encontrados, á Ankarstroem. Pasó en seguida el jefe de la policía á casa de este, y lo sorprendió durmiendo en su cama, en compañía de su esposa, la cual estaba ignorante de la conjuración. Los Lilienhorn, padre é hijo, el general Peklin, Sainclair, general de artillería, y otros veinte individuos, fueron también arrestados. El baron de Bielke escapó de la persecución envenenándose.

Gustavo espiró, después de haberse ocupado en los intereses del reino hasta el último momento; comunicando al duque de Sudermania, su hermano, todos sus proyectos para lo venidero. Escribió su testamento y lo remitió al obispo de Upsal; conferenció con los ministros extranjeros, murió el 29 de marzo á las 10 de la mañana, rodeado de toda su familia.

A la noticia de su muerte, un gentío numeroso se fué reuniendo á la puerta del castillo; el testamento del rey fue leído, y conforme á sus disposiciones, Gustavo Alfonso su hijo fue proclamado rey. El duque de Sudermania fue nombrado regente del reino, y el baron Armfeld gobernador de la ciudad y ciudadela de Stockolmo. Seis días duraron los funerales, que fueron magníficos; el busto de Gustavo, ejecutado en mármol, se colocó sobre el catafalco.

Mientras tanto la causa seguía con actividad; habiendo declarado Ankarstroem su crimen, fue condenado á muerte después de ser públicamente azotado por espacio de tres días. Designó como su cómplice á Ribbing, y este al conde de Horn y á Lilienhorn, fueron condenados al último suplicio: pero por una cláusula que Gustavo III puso en su testamento, les fue conmutada esta pena en la de destierro perpétuo, asegurando al duque de Sudermania que se lo pedía como hermano y se lo mandaba como rey.

En cuanto á los demás acusados, el conde Von-Engestroem fue privado de su destino, y condenado á tres años de prisión en un castillo: el mayor Humans Dorff destituido igualmente de su empleo, fue condenado á un año de encierro: el secretario Von-Engestroem fue suspendido de sus funciones por un año: el general baron Peklin condenado á ser detenido hasta la mas amplia información; el juez territorial Nordul salió absuelto: fueron designados para los tres presos los castillos de Waxholm, Malmö y Worbey.

Véase como se esplican las palabras que Gustavo pronunció en el momento de ser herido,

cayendo en los brazos de M. D'Essen.

Existía en Stockolmo la señora Arwidson, famosa por sus pretendidos conocimientos sobre el porvenir. La casualidad había hecho crecer tanto su reputación, que de todas partes venían á consultarla. Gustavo quiso preguntarla también. Pero no era en las manos, ni en los astros, ni en el juego de naipes, donde buscó la suerte esta hechicera, sino en el asiento que quedaba en una taza de café; allí era donde leía las sentencias del destino.

La fatalidad se descubría en el fondo de su basa. En ella reconoció al rey sin que nadie se lo designase; y luego que hubo mirado las caprichosas figuras formadas en el plato donde derramó el café, exclamó: no, jamás me atreveré á decirlo. Sorprendido Gustavo por el tono alarmante y misterioso, insistió en saber la verdad. Después de mucha resistencia la hechicera le dijo: *vos seréis asesinado en una fiesta; y aquel que os ha de herir, es la primera persona que encontréis al salir de aquí sobre el puente.* El rey se burló de su predicción, é impaciente por conocer la persona que designaba la sibila, sale de la casa, y al primero que encontró fue á Ribbing. Gustavo se fue derecho á él, y dándole amigablemente la mano le dijo: «Si no os amara tanto como os amo, puede ser que llegara á desconfiar de vos.»

En la funesta noche del baile Ribbing acompañaba al asesino. Gustavo en el momento de ser herido, no vió mas que á Ribbing y lo reconoció; y la mirada de triste inteligencia y las palabras que dirigía á su escudero sobre la máscara negra que le había herido, equivalía á decir: «La hechicera me dijo la verdad.»



POESÍA

SONETOS.

Al hijo de María.

Yo os adoro, Señor, porque clemente
Santo cien veces sois entre lo santo:
Porque la hiel amarga del quebranto
Apurásteis en cáliz penitente.

Porque en trazo de nubes esplendente
Del mortal enjugais el triste llanto,
Y amoroso encubris con vuestro manto
Al que hundé triste la oprimida frente.

Por eso de mis culpas en agravio
Haced que de mí aparte todo encono.
Vos que sois grande y á la par sois sabio,
Haced que de enemigos en abono

Vuestras propias palabras diga el labio:
—«Benedicdes, Señor, yo les perdono.»

A M. E.

Depon tu mano sobre el pecho amante,
Le sentirás latir descompasado.
Une tu labio pálido, abrasado,
Con el mío ardoroso y palpitante.
La fiebre me devora: si constante
Yo las huellas siguiera alborazado,
Déjame hoy libre, deja que embriagado,
Cante mis trovas, sí, deja que cante!
Al cantor qué le guarda su destino?
Nada... Una tumba, sí: menos que nada,
Cruzar desperto su áspero camino,
Caer dormido al fin de su jornada.
Yo... sigo cual demente un loco anhelo;
Tú... tú no eres mujer; tómate al cielo.

Para mi album.

Harto el dolor mi pecho ajó inclemente,
Harto mi sien quemando abrasadora
Una esperanza afeve, engañadora,
Tranquila cobijó en su seno ardiente.
Venid, amigos: vuestro afán elemento
Disipe mi amargura asoldadora,
Y al lucir de amistad la rica aurora
Sosegada elevar pueda mi frente.
Venid, y en este libro sacrosanto
Que de eterna amistad es monumento,
Deponed una ofrenda, un nombre, un canto.
Yo lo recordaré cada momento,
Y pues es album de amistad testigo,
Do quiera que yo vaya, irá conmigo.

En el nigrum del poeta D. Antonio de Bofarull.

Un nigrum!... ¡ju!... A nadie le ha ocurrido.
El pensamiento tiene tres bemoles,
Y el no encontrar un consonante en ales
Tiene cuatro, é *inda más* un sostenido.
Ahora sí que soy hombre perdido,
Ya no hallo consonante, ¡caracoles!
De mi musa se apagan los faroles
Un album al hallar ennegrecido.
Ya estoy á salvo, sí; van dos cuartetas,
Tu nigrum para mí es nigrum de aprieto.
A fuera, pues, razones, fuera tretas...
Sin estorbos seguir yo te prometo.
Decía Bofarull... ¿De qué te inquietas?
Ay! es verdad. Ya se acabó el soneto.

Victor Balaguer.

La soledad.

Triste, infeliz, por el sendero sigo
Que traza al corazón melancolía,
Y mi una voz se une á mi agonía
Que pueda ser de mí dolor testigo.
En vano al hado en mi furor maldigo,
En vano busco de mi bien la vía,
Nunca la dicha por mi mal impía
Jamás sus pasos alcanzar consigo.
Y á tanta pena y á infortunio tanto
El corazón cansado desfallece,
Y el pecho late con ardiente anhelo.
Descórrase despues el negro manto,
Y el velo que mi espíritu oscurece,
Mirando solo un enlutado cielo.

Joaquín G. de Gregorio.

Quien por primera vez en barca leve
Se arroja á contrastar ondas y viento,
Las ondas rorta tímido, y con tiesto
Nunca la orilla á abandonar se atreve.
Mas como luego en engolfarse prueba,
Pierde el miedo y se interna con aliento,

Hasta que su porfiado atrevimiento
Lo lleva á perecer á escollo afeve.
Así sucede al que se entrega al vicio:
Al principio cobarde apenas hiere
La senda que conduce al precipicio;
Mas, si el temor por último perdiere,
Por el golfo del mal corre sin juicio,
Hasta que al fin en el abismo muere.

La despedida.

O tú, vega gentil, que cien raudales
Bañan con linfa cristalina y pura,
Que desatados de nevada altura
De frutos y verdor son manantiales;
Tus campos, que de viñas y frutales
Y alzadas mieses en que el sol fulgura,
Con dadivosa mano ornó natura
Me obligan á dejar cielos fatales.
A tu cuidado mis amores fio:
Cúbrelos, sí, con apacible manto,
Cuida que nunca de dolor suspiren.
Y cuando torne á tu recinto umbrío
Mis ojos, que ¡oh dolor! hoy cubre el llanto,
Menos hinchados que al partir te miren,

A un árbol.

Este álamo que vés ya carcomido,
De fruto estéril y sin copa umbría,
Símbolo hoy de la muerte, fue algún día
El mas bello ornamento del ejido.
Sus bellos brazos estendiendo erguido
Las danzas cobijó de la alquería,
Y á las aves versátiles servía
De fresco asiento do esconder su nido.
Siempre altanero contrastó de joven
Al granizo cruel, y áspero viento.
Que hoy deja, infausto, que sus brazos roben.
Era rey de los bosques: hoy la luna
Alumbra pobre al que admiró opulento:
¿Quién fia en juventud? quién en fortuna?

E. F. de N.

En los días de la señorita doña A. G.

Puede la rosa entre las gayas flores
Perder su aroma y la naciente vida,
Por la mano del hombre, que atrevida
Pudo envidiar su gasa de colores.
Puede ese cielo azul de los amores,
¡Perla del Dauró y del Genil nacida!
Perder el brillo que á vivir convida,
Por envidiar tus ojos seductores.
Pero tú, dulce amiga, que en la frente
Perpétuo sello de candor divino,
Próvida muestras, y á tu pecho ardiente
Placeres nobles señaló el destino;
Pasas los años, y el natal presente
Prenda mas bella de mi amor mas fino.

Manuel Maria del Campo.

Enciende turba multa de mirones
A cierto mago en feria de Castilla,
Que poniendo en el suelo una cestilla,
Anuncia bailarán dos culebrones:
Saca polvos, y haciendo contorsiones,
Para acabar tamaña maravilla,
Exige del concurso una doblilla,
Y un jaqueton le tira dos doblones.
¡Calle! grita, mirando hácia la gente;
Verán por ahí salir la gran serpiente...
¡Qué terrible, Señores! Ya la toco.
Y alzando la cestilla de repente,
Sale corriendo que parece un loco.
¡Tú viste los doblones?... Yo tampoco.

Manuel Saenz de Miera.



Entre los objetos de mérito presentados en la última Esposición de la Industria española, merecen citarse los de *D. Eusebio Zuloaga*, maestro arcabucero de S. M. El estuche que contenía una escopeta de un tiro, de calibre 15 adarmes, el cuchillo de monte, frasco de hierro, caja para cebos, también de hierro, turquesa y destornillador, estaban cortados en relieve, é inerustados de oro y plata, siguiendo el gusto del siglo XVI. Este estuche ha sido comprado por la Reina Doña Isabel II, y de la vayna del cuchillo de monte y del frasco de pólvora, son una copia exacta los grabados que damos hoy á nuestros lectores. En ellos no se sabe cual apreciar mas, si el gusto que ha tenido el artista en la correccion del dibujo, ó el excesivo trabajo que debe haberle costado una obra de suyo tan difícil, y en la cual sabemos que ha empleado tres años de afanes y desvelos. Nosotros felicitamos al Sr. Zuloaga por haber tenido la honra de

llamar la atención de S. M., y de que la régia mano haya sabido premiar al laborioso cuanto entendido arcabucero de la Real casa. Este estuche estaba apreciado en la cantidad de 60,000 rs.



EL REINO DE LOS MOSQUITOS.



Las costas del reino de los mosquitos se extienden entre los grados 16 y 9 de latitud Norte, desde la punta de Castilla ó desde el cabo de Honduras, que es la punta meridional de la bahía de Trujillo, hasta la

punta del Escudo, comprendiendo la isla situada al Sur de la laguna de Chiriqui: estas costas, pues, forman un litoral tortuoso de cerca de 280 de longitud, y de 40 á 50 leguas de latitud, terminando por un lado en el mar de los caribes, y por el otro en los estados hispano-americanos de Goatemala y Nueva-Granada.

El país no fue nunca conquistado por los españoles. Los mosquitos han sabido siempre defender valerosamente su independencia: hacen la guerra por sorpresas y emboscadas, combaten siempre guarecidos de grupos de arbustos, ó aprovechándose de las dificultades del terreno, y sobresalen en el manejo de la lanza. En sus guerras con los españoles, no dan ni reciben cuartel.

Tanto como detestan á los hombres de raza española, otro tanto aprecian á los ingleses y á los americanos del Norte, que en su concepto no son mas que un solo pueblo, porque hablan el mismo idioma, y llevan vestidos semejantes, respetándolos como á los hombres de una raza superior á la suya.

El heroísmo de que dieron tantas pruebas los habitantes de este país, en sus luchas con los españoles, llamó la atención de la Inglaterra, que envió en muchas ocasiones algunos buques de guerra á visitar aquellas costas. En 1780 la fragata *Hénckeprok*, la corbeta *Peltseau* y otros buques de la escuadra que mandaba Nelson, capitán de navio á la sazón, entraron en el puerto de Blewfield para hacer víveres y curar las heridas que tuvieron en el ataque de los fuertes situados sobre el río, y el lago de Nicaragua, y estas visitas, siempre bien recibidas, fueron las que establecieron relaciones de buena inteligencia entre ambas naciones.

Desde 1670 solicitaron los mosquitos el protectorado y la soberanía del rey de la Gran Bretaña; pero hasta 1730 no llegaron los ingleses á importar esclavos en el país, y á formar un establecimiento en Rio Negro, al Oeste del Cabo Camaron, otro sobre el río Wauz, cerca del cabo Gracias á Dios, y otro en Blewfield bajo la dirección del coronel Hodgson, de origen escocés. Este último establecimiento dió despues origen á otros muchos cerca de la laguna Pearl-Quay y de Washan sobre el río grande.

En 1741 se estableció un gobierno civil: se construyeron algunos fuertes que todavía existen, aunque están en muy mal estado, y se pusieron en ellos guarniciones inglesas. Pero fuertes y establecimientos todo fue abandonado por la primera vez en 1763, y despues en 1788 definitivamente, por consecuencia de rivalidades entre los plantadores ingleses en las Indias Occidentales, y aun de los plantadores de la compañía de las Indias Orientales, que temieron con razón la competencia que hubiera podido nacer para ellos, de la explotación de estas costas, ya favorecidas por un clima saludable que abunda en azúcar, café, especias, y cuya colonización hubiera venido á impulsar muchos capitales ingleses.

En el reinado de Jacobo II, el jefe de los indios mosquitos recibió del duque de Albermarle, gobernador de Jamaica, y sellado con el sello del Estado, el título de rey de la nación de los mosquitos; pero en cambio obtuvo hábilmente la Inglaterra el protectorado del país que hasta el día ha sabido conservar.

Cuando el rey muere, el heredero presuntivo del trono, que debe siempre ser del sexo masculino, va acompañado de dos ó tres de los principales jefes á Jamaica ó á Baliza, en un navio de guerra inglés que se envia al efecto para darse á conocer en calidad de nuevo rey. Allí se corona, y el gobernador le entrega el título, sin cuyas formalidades no reconocerian sus súbditos su autoridad soberana.

Los mosquitos, como ya hemos dicho, tratan á los ingleses con una particular distincion, y el rey viste el uniforme azul de Wendror. Recibe anualmente de la Inglaterra una pensión que asciende á 16000 francos, sin contar los presentes de los gobernadores de la Jamaica y de Baliza. Sus hijos son educados á costa del gobierno inglés: el último rey Roberto Carlos Federico, recibió en Jamaica una esmerada educacion, bajo los auspicios del duque de Manchester.

Este monarca por un decreto dado en Blewfield el 9 de agosto de 1841, nombró comisionados ingleses para administrar su reino durante la última época de su vida y la menor edad de su hijo el príncipe Jorge, reservándose para sí y para su hijo, los honores y los privilegios de la corona. Muchos de los principales jefes indios, y varios oficiales de la corbeta inglesa el *Tiveed*, surta entonces en Blewfield, sirvieron de testigos para este acto.

Todo lo que los ingleses han hecho últimamente es enviar un agente político que resida en aquellas costas, y un cónsul general que tiene ademas el poder de administrar en caso necesario los asuntos del reino, conforme á las intervenciones del último rey que murió en octubre de 1842. Esto no es una toma formal de posesion del país: sin embargo, la diplomacia inglesa se ha apoderado ya casi enteramente del gobierno, y su protectorado se asemeja al de los rusos, que invade una despues de otra las posesiones otomanas, sin efusion de sangre, y sin seria oposicion.

El tiempo demostrará toda la habilidad de la Inglaterra y las inmensas ventajas que ha sabido proporcionarse para el porvenir, estableciéndose sobre bases sólidas en una parte tan considerable del territorio americano.

Blewfield, donde reside el cónsul general inglés, es un punto agradable y tiene un excelente puerto, protegido por una punta de rocas que se podría fortificar, y entonces sería intomable. El río de Blewfield, es navegable para los barcos pequeños de 100 á 200 toneladas, hasta cerca de una legua mas arriba del puerto. Desde aquí se pueden abrir facilmente comunicaciones hasta los lagos de Nicaragua y de Leon, y hasta las ciuda-

des de Granada, Nueva Segovia y Acayafia. Blewfield será tarde ó temprano una escala comercial, un punto de depósito de considerable importancia, sobre todo desde que se corte el istmo de Panamá. Ya se está construyendo un canal que debe poner en comunicacion el río de Blewfield con las lagunas de Peral Quay.

El pais es abundante en aguas. El calor en su término medio no pasa de 22 grados de Reamur, ó 25 grados centígrados, y en esta costa no se conocen ni huracanes ni terremotos.

Ademas de los productos del pais, que consisten en caña de azucar, algodón, tabaco, arroz y todas las plantas de los trópicos; esta comarca suministra al comercio las maderas de caoba y nicaragua, conchas de tortuga, polvos de oro, cueros, palo de tinte, goma, bálsamos, endigo y cochinilla, y recibe en cambio quinca-lla, pacotillas de todos géneros, harinas, vinos y licores.



STELLINA.

BALADA.



ay á pocas millas de Génova un castillo triste y sombrío, azotado del mar y velado por espesas nieblas.

Esta mole negruzca y gigantesca, incrustada entre elevadas rocas, es el castillo de San Giovanni.

Un conde es su absoluto dueño; un Conde joven y valiente, como un doncel de la edad media, soberbio y fogoso como su alazan de batalla.

El Conde Rugiero tiene una hermana hermosa como un angel de Lawrence, como la Virgen de la Gloria de Rafael.

Son las dos de la mañana.—Ni una luz brilla en el cielo ni en la tierra; y sin embargo, no está todo tan oscuro.... los montes y los llanos estan cubiertos de nieve... y á su doble reflexion se di- visa el mas insignificante árbol, la mas oculta roca.

Esta claridad tan sublime, tan estraña... esta iluminacion maguifica, llena de misterio y poesia, que ni pertenece al sol ni á la luna, ni al crepúsculo ni á la aurora, derrama sobre el castillo de San Giovanni un tinte tan melancólico, que le hace aparecer como una de esas fantasmas colosales de las leyendas, sacudiendo su vestido de plata para lanzarse entre las olas.

Stellina está en una ventana del castillo, sola y pensativa, vestida de blanco y mirando tiernamente al mar. Stellina parece una hada... un angel entre celages.

Allá lejos, muy lejos... como un punto negro entre verdosas ondas, un ligero esquife se columbra con direccion á la fortaleza.

Stellina comprime un grito de alegria al verle: en seguida deja caer una lágrima.

Ya está el esquife cerca del castillo; un joven solo se mira en él. Trae una gorra de terciopelo negro con plumas blancas, largos rizos ondulan debajo al impulso de la errante brisa del piélagos, y medio oculta en su corta capa de color de sangre, se vé una lira.

Stellina reconoce á Leoncio... su trovador querido.

Oyese un canto triste, lastimero... un canto raro, magnífico, misterioso.

La voz sale del castillo... los ecos de la lira que la acompaña, salen del mar.

Este cántico parece una despedida al mundo... un cántico de muerte... ¡Es tan triste!

Ya cesa la cancion. Stellina suspira y descende de la ventana por una escala de seda... Leoncio la recibe en sus brazos.

Se dicen mil ternexas... Entran en la barca, hínchase la blanca vela, y ya dejan el castillo.

Un grito bronco y gutural, un grito de rabia sale de las rocas, y al mismo tiempo un guerrero aparece sobre ella blandiendo su terrible espada.

Era el Conde Rugiero!!

Los dos amantes contestan con otro grito de sorpresa al conocerlo.

El Conde arroja su casco con despecho, pieza por pieza de su armadura, y se precipita al mar en seguimiento de los fugitivos.

—Traidor!! traidor!! barbulla sorbiendo á borbotones la salobre agua, y aproximándose por instantes al bagel.

Leoncio!! Leoncio mio!! exclama Stellina estrechando al trovador entre sus brazos.

Ya no hay remedio... se han encontrado!!

Rugiero tiende la mano izquierda para afanzarse al extremo del bagel...! Leoncio coge el laud y lo descarga sobre la cabeza del Conde.

Débil defensa!

El laud se hace pedazos... la mano del Conde se posa en el borde del esquife, y una ola le arroja dentro.

Rugiero no habia soltado su espada. Se pone en pie con ligereza, y unde el acero hasta los gabilanes en el pecho del amoroso cantor.

La joven dá un grito, y cae... el vértigo de terror la deja como un cadáver.

—Stellina! hasta el cielo...! murmura Leoncio sepultándose en el mar....

La barca vuelve al castillo... sobre las olas flota una capa de color de sangre... mas allá una gorra de terciopelo negro con plumas blancas... entre estos objetos bogan los pedazos de una lira.

Stellina va volviendo en sí... fija los ojos en su hermano... y con una sonrisa histérica y fatídica, dice... Stellina! hasta el cielo!!

Rugiero calla.

Vuelve otra vez Stellina á derramar otra carcajada y al decir las mismas palabras.

Rugiero sigue callado.

¡Stellina está loca!!!

Hay á pocas millas de Génova un castillo triste y sombrío, azotado del mar y velado por espesas nieblas.

En un torreón de este castillo se vé asomada todos los días una muger pálida y desaliñada... con el cabello tendido... las pupilas inflamadas...

Al pie de este torreón, muchos niños del Piconnovo, arrojan piedras á la desgraciada, cada vez que esta grita con acento diabólico y haciendo visages estravagantes... Stellina...! hasta el cielo...!!

BENITO VICETTO Y PEREZ.



MISCELÁNEA.

—*Justo pago á su avaricia.*—En una ciudad de Alemania habitaba un anciano que habia logrado atraerse el odio de sus convecinos, por el escesivo amor que tenia á su dinero. No comia ni sevestaba, pensando en su precioso metálico, llegando á ser para él su única existencia. Tenia en su compañía un sobrino de buenos sentimientos, el cual era su heredero por carecer de hijos; pero nuestro avaro atribuía el conato que ponía en asistirle, al deseo que tenia de ver terminada su vida, creyendo que llegaría algun día á quitársela para apoderarse de sus riquezas. Cayó por fin enfermo, y no tardó el médico en persuadirle que su hora era llegada, y que por tanto no debía pensar mas que en morir como buen cristiano, y en arreglar sus negocios temporales y espirituales. Viendo que no tenia remedio, mandó condujesen una estufa á su habitación, y que le dejasen solo. Apenas salieron de la estancia los que le cuidaban, cuando sacando de debajo de su almohada una cartera en que encerraba su caudal, convertido en billetes, los arrojó al fuego, consumiendo en un momento lo que habia sido su felicidad, y lo que tantas privaciones y sacrificios le habia costado adquirir, privando de este modo á su sobrino que fuese heredero de tan cuantiosos bienes.

A pocos días de ejercer tal sacrificio, una notable variación en su salud hizo concebir esperanzas á los médicos de que sanaría. Aquí fue su dolor y desesperación; el dijero era lo solo que le ligaba á la vida, y para nada queria la salud despues de haberse él propio arruinado. Así es, que una noche cuando los que le velaban estaban descansando, tomó un cuchillo y se abrió las venas, apareciendo ante su familia bañado en su propia sangre.

—*Noticias de Sevilla.*— El 30 de setiembre de 1679 falleció en esta ciudad don Juan Ramirez de Bustamante, presbítero, de edad de 121 años, natural de la misma. Casó cinco veces, de cuyos matrimonios tuvo 42 hijos y 9 fuera de ellos. Sabia siete idiomas indios. Su capacidad fue grande, y su aplicación á la poesia no vulgar, y su composición elegante. Se ordenó de sacerdote á los 99 años, y murió de una caída.

El año de 1679 se encruelció la peste en Andalucía, y habiendo ido á predicar el sermón de misión á Sevilla el P. Tirso González, dijo este desde el púlpito, que no entraria la peste en la ciudad si se cerraban los teatros; cerrárouse en efecto, y la peste no entró, pero si hubo tabardillos de que murió mucha jente.

El año de 1681 ordenó el rey don Carlos II al asistente de Sevilla; que el producto de ciertos arbitrios los pusiese á disposición del arzobispo para dar principio á la construcción de la preciosa urna ó sepulcro de S. Fernando.

En este año se concluyó de edificar el hospital de mugeres llamado de el *Pozo Santo*, fundado por la madre Beatriz Gerónima de la Concepcion.

En el mismo se empezó la construcción del colegio llamado de S. Telmo.

En 1684 acaeció en Sevilla la grande avenida, estando anegada mas de la mitad de la ciudad por muchos días.

—Tenemos á la vista el primer tomo del *MUSEO DE LAS HERMOSAS*, colección de novelitas traducidas, por nuestro amigo y colaborador D. Victor Balaguer, y entre tanto que nos resta espacio para ocuparnos detenidamente de su exámen, podemos asegurar que está perfectamente desempeñada la parte literaria, y que la elección de las dos novelitas que contienen el citado primer tomo no puede ser mas acertada. En el segundo tomo sabemos de positivo van: *El castillo de Kolmeres, La Prima donna, El castillo de Oudolfo, La Zzaronis y Eshirros y La Noche del Sábado*. La parte material es inmejorable.

—Un acreditado establecimiento de Cádiz ha pedido al mismo señor Balaguer un tomo de novelas, y este accediendo á la demanda, le ha remitido ya dos, cuya colección se publicará bajo el título de *Noches de Luz*, del cual hablaremos mas cuando recibamos los prospectos.

—Los señores Valladares y Saavedra y Canga Argüelles están concluyendo el *Compendio Manual de la Guerra de la Independencia*, obra que se publicará muy luego, y que ha merecido extraordinarios elogios de acreditados literatos que la han leído.

MADRID. 1813: IMPRENTA DE VICENTE DE LALANA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.